

EDITORIALES

EL SIGLO
DE DURANGO

De Política y Cosas Peores

Armando Camorra

“¡Mi marido me abandonó!” -le dijo entre lágrimas la recién casada a su mamá. “¿Por qué?” -preguntó, consternada, la señora. “No sé, mami -respondió la muchacha-. Yo lo atendía bien. Le tenía su ropa limpia; cuando llegaba del trabajo ya estaba lista su comida; la casa se hallaba siempre en orden.”. La madre, cautelosa, aventuró: “¿No le habrás puesto los cuernos?”. Tras una pausa respondió la abandonada: “Pos sólo que haya sido por eso”.

Mr. Bloominass era nalgudo. Sé que eso se oye feo, pero peor se oiría si dijera: “Mr. Bloominass era nalgón”. Vivía en un pequeño pueblo mexicano, y todos los días iba al tianguis a comprar el mandado. Al caminar se le movían los hemisferios glúteos en forma tal que llamaba la atención, lo cual era motivo para que un incivil puestero le gritara a voz en cuello: “¡Adiós, gringo nalgas bofas!”. Eso desataba la risa de los locateros y de la gente en general, pues el estadounidense se ponía rojo de coraje al escuchar aquella vulgar chocarrería. Consultó el caso con un amigo mexicano y éste le aconsejó: “Cuando te diga eso de las nalgas bofas tú contéstale: ‘Me das miedo’. Verás que con eso no volverá a decírtelo, pues la gente se reirá de él en vez de reírse de ti”. El yanqui no entendió el sentido de la contestación, ni por qué podía tener el dicho efecto, pero decidió ponerla en práctica. Al día siguiente llegó al tianguis a la hora acostumbrada. Lo vio el inurbano sujeto y le espetó a todo pulmón el grito de siempre: “¡Adiós, gringo nalgas bofas!”. Lo encaró Mr. Bloominass y le dijo muy serio: “Me inspira usted temor”. ¿Entenderá Biden si le digo: “Put yourself monkey”, ponte chango? Trump todavía trae la espada adentro; no se resigna a su derrota y sigue rondando la Casa Blanca con intención de volver a ella. Al nuevo presidente norteamericano, debo

decirlo aunque falte a la buena educación, se le ve descolorido, sin fuerza ni carácter, sin personalidad, y eso no gusta a sus paisanos, acostumbrados como están a las espectacularidades. Mr. Joe necesita más comunicación con sus electores -sobre esto López Obrador podría darle algunas leccioncitas-, para que quienes lo llevaron al Salón Oval vean que pusieron ahí a un político, no a un ermitaño. Yo temo que Trump vuelva a presentar su candidatura, y que otra vez sea electo, pues como dijo con notable acierto P. T. Barnum: “There’s a sucker born every minute”, cada minuto nace un pendejo. He ahí una gran verdad en la cual radica el riesgo de la democracia. Desde luego no soy monárquico -lejos de mí tan temeraria idea-, pero ya ven ustedes a dónde nos ha llevado esa cosa tan ruidosa, tan latosa y tan costosa, a más de tan peligrosa, que es la democracia. El populismo es el mal de nuestro siglo, del mismo modo que el totalitarismo fue la maldición del anterior. Hagan los demócratas que la presidencia de Biden se note más. La reelección de Trump sería lo peor que a los mexicanos nos podría suceder. Bueno, lo segundo peor. Entre mis libros tengo yo de todos. Hay uno en verdad macabro. No sé cómo llegó a mi biblioteca; quizá fue el regalo de un querido amigo enemigo mío. El autor de ese morbosísimo mamotreto presenta en él la relación de lo que han pedido para su última cena los últimos 100 ejecutados en Estados Unidos. Los más de ellos quieren lo mismo: un steak, pay de manzana con helado de vainilla y un café. Eso pidió un reo, pero en el momento en que iba a consumir las viandas llegó el aviso urgente de que la ejecución se suspendía, pues el hombre era inocente. Se le pondría en libertad. Le dijo el alcaide de la prisión: “Mala suerte, amigo. Esto me lo voy a chingar yo”. FIN.

¡Pero yo tengo otros datos!

Sergio García Ramírez

Con exquisita sensibilidad sobre la salud de sus gobernados en esta hora de pandemia, el Jefe del Estado lanzó una ardiente convocatoria: celebremos las glorias del gobierno con una tremenda manifestación. Convencidos o atraídos, llegaron hasta el Zócalo millares de ciudadanos que escucharían los aciertos del gobernante y disfrutarían las facilidades que quién sabe quién proveyó para su traslado y bienestar. La alegría subió de punto cuando el orador ocupó la tribuna (a prudente distancia de su gabinete y de la muchedumbre) para animar el vuelo de las campanas republicanas.

No soy asiduo a las matinées cotidianas, pero resolví asistir (virtualmente) a la alegre (y fervorosa) tardeada. Deseaba conocer las razones de la convocatoria republicana (a despecho del Covid) y los progresos de la nación en tres años de infatigable gobierno. Oiría las razones en que se funda la frenética transformación y sabría el porvenir que aguarda a nuestra incierta República en los años (y acaso los siglos) que comienzan a llegar. Puse atención. Por unos minutos (que fueron demasiados) los mexicanos dejamos nuestras tribulaciones y escuchamos al Jefe del Estado.

El animoso discurso pasó detallada revista a los progresos que pueblan la imaginación del orador. Con este caudal animó a los concurrentes, que aplaudieron a la menor provocación. Oímos los bienes que constan -dijo aquél, con enjundia y convicción (me pareció)- en este venturoso capítulo de nuestra historia. La nave del Estado avanza viento en popa -aseguró en muy alta voz-, venciendo las inclemencias que sembró la tormenta neoliberal, fuente de tantas desdichas que ya ni sabemos cuántas son.

Sin embargo, orador amigo, yo tengo otros datos. Son los que obran en poder de la nación. Otros datos que ponen en cua-

rentena (por decir lo menos) las afirmaciones derramadas sobre la muchedumbre. Usted suele invocar los otros datos que dice tener para impugnar la realidad y negar los agravios y los tropiezos, los fracasos y las frustraciones que propalan los conservadores, empeñados en oscurecer la imagen del gobierno y abatir la alegría de los gobernados. Con vehemente oratoria, en la asamblea del Zócalo usted proclamó los éxitos de su gobierno, que va logrando -a ojos vistas- la felicidad del pueblo: preservación de la salud, recuperación de la economía, vigencia del Estado de Derecho, respeto a la división de poderes, amparo a las libertades de los mexicanos y otras lindes. Su oración culminó con una apasionada defensa de la revocación de mandato: será una ratificación del irrevocable gobernante que hoy redime a su pueblo. Por supuesto, la promesa generó alegría y animó la esperanza de la numerosa clientela electoral.

Pero la nación tiene otros datos, orador amigo. Son los amargos datos de una realidad inhóspita: decae el Estado de Derecho, declina la salud, menguan los derechos, prevalece la inseguridad, crece la pobreza, no cede la corrupción, se divide la sociedad, abundan los agravios, se multiplican los problemas y cunde la insatisfacción. La siembra de encono, ejercida con largueza, comienza a producir sus frutos. Esos son los otros datos que tienen los ciudadanos, datos ausentes de las declaraciones del gobernante (sean ligeras matinées o tardeadas majestuosas), y visibles para los ojos de la nación. Este es el nuevo patrimonio de los mexicanos al cabo de tres años de transformación. Y esta será la certeza que llevarán consigo, una vez que amaine el entusiasmo, los compatriotas que vuelvan a sus casas colmados por el discurso y abrumados por la realidad. ¿No es así?

Sobreaviso

René Delgado

Desplante y horizonte

El desplante está claro, el horizonte no. Y, entre esos polos, el presidente Andrés Manuel López Obrador está resuelto a jugarse su proyecto, incluida la nación.

Quienes minimizan el mitin de antier a un asunto de entusiastas acarreados ante un líder obsesionado o lo califican de una mañanera callejera vespertina, pronuncia su desmadejamiento, ratificar y fortalecer la recuperación de la plaza pública como el espacio natural del mandatario y el reencontro con los suyos anticipan un muy próximo futurotan tenso como incierto que, a la postre, arrojará un nuevo estadio nacional, cualquiera que este sea.

Con más contundencia que inteligencia, el Ejecutivo se ancló en su postura: consolidar la pretendida transformación, apoyarse en la fuerza armada como fuerza de tarea, activar el movimiento para evitar su desmadejamiento, ratificar y fortalecer el mandato burlando la revocación y, entonces, resolver la sucesión a fin darle perspectiva transexenal a su intención. No descarta, pero no se propone realizar un buen gobierno, sino ejecutar un cambio de régimen, sin tener muy claro en qué consiste eso.

Sin nostalgia por el centro ni el equilibrio, el mandatario fijó postura -como dijo- sin medias tintas ni zigzagueos, ojalá no afectado por los vítores y aplausos de los suyos al encontrarse de nuevo. No dejó sombra de duda. La interrogante es cuándo harán lo propio y tomarán acción sería quienes, desde la tribuna, el despacho, la barrera, el café, la consultoría, el celular o la tecla, se quejan tanto de él. Vituperios, susurros, burlas, manifiestos, consejos, memes o sentenciasson el desahogo de su malestar, pero no inciden en la situación.

Hasta ahora lo único que puede alterar la voluntad y la ruta presidencial es la circunstancia económica externa e interna que, eventualmente, pondría en su lugar al mandatario, pero desarticularía al país. Dejar a la adversidad la suerte del próximo destinosa sería una perversidad.

El mandatario recuperó con sus mandantes su hábitat natural: la plaza pública.

Tras verse relativamente confinado en Palacio durante los dos últimos años y resistir desde ahí, Andrés Manuel López Obrador no perdió oportunidad la tarde del miércoles para mostrar su respaldo y mostrarse ante él, aprovechando para confirmar o enviar varios mensajes. Mostró fuerza y liderazgo, identidad con sus representantes, así como una popularidad y credibilidad difícil de entender, cuyo anverso exhibe qué distante de la gente estaba y está la clase política tradicional. Aquella que supuestamente resolvía el porvenir en los pasillos, las recámaras y los salones del poder, haciendo del acuerdo cupular la catedral de su credo y, aun hoy, insiste en hacer política desde ahí, sin poner un pie en la calle y toparse con la realidad.

Lo del miércoles se veía venir. Durante los años de relativo encierro, el presidente López Obrador fue saliendo de los compañeros de viaje que, durante la campaña, hicieron pensar en una reforma radical, pero con centro y equilibrio. Salió de ellos como también de los afines, pero desobe-

dientes. Así, poco a poco fue llevando el mandato más allá del límite, sin importarle perder a los sectores sociales que en esos colaboradores depositaron la confianza y en las urnas su voto. Lo de antier es la evidencia de ello.

Se veía venir aquello, como también lo que quizá a la postre constituya una fisura en el movimiento: la inasistencia del senador Ricardo Monreal al mitin. Quizá, la prudencia le recomendó no ir adonde no sería bien visto, pero lo cierto es que, de no llegar a un entendimiento, la inasistencia derivará en despido o renuncia. Y, luego, se verá si Marcelo Ebrard se siente a gusto en la segunda filade templetes y presidiums. cuando la jerarquía en el gabinete le destina el asiento donde sonríe Claudia Sheinbaum.

Pese a lo absurdo, lo siguiente es el impulso de la revocación del mandato presidencial para ratificarlo.

El estreno del mecanismo de participación directa, ciertamente elevado a rango constitucional por el presidente López Obrador; tiene por virtud instalarlo en el ánimo ciudadano y la cultura política, pero tiene por vicio aplicarlo en sentido contrario a su propósito: ratificar, en vez de revocar.

Juega a más de tres bandas el Ejecutivo. Beneficiarse del ejercicio aplicándolo en sentido inverso, tomar un segundo aire más allá de la mitad del camino para intentar asegurar la pretendida transformación imponerlo al sucesor y los siguientes como un filtro extra al mandato recibido. No hay dinero suficiente para la inversión pública, pero sí para el despilfarro político.

En la apariencia es toda una contradicción ratificar el mandato al tiempo de precipitar la sucesión presidencial, pero quizá no lo es tanto. El Ejecutivo se ratifica en el poder sin violentar el periodo sexenal, borra con el aceleramiento del juego sucesorio la supuesta tentación reeleccionista y le deja ver a quien ocupe la candidatura presidencial cuán fuerte es, así decline su estrella.

En esa lógica, no habrá por qué sorprenderse si semanas después de la consulta de la revocación, se destapa la corcholata favorita para que emprenda una larga campaña con estación terminal en Palacio Nacional, donde despacha el encuestador mayor de Morena.

Más allá del acuerdo o el desacuerdo, la postura presidencial es diáfana. Reitera adonde quiere ir, aun cuando no tenga clara la ruta, aun cuando confunda querer con poder.

Por eso cobra fuerza la interrogante planteada líneas arriba: ¿cuándo van a reaccionar los factores y actores de poder confrontados con el mandatario? Entre gritos y susurros han hecho saber qué no quieren, pero no qué sí quieren. ¿O es que resisten, pero no aguantan?

sobreaviso12@gmail.com @SobreavisoO

De acuerdo o no con ella, el Ejecutivo fijó clara postura. La duda es cuándo fijarán la suya los factores y actores confrontados con él o ¿sólo resisten, pero no aguantan?

Mirador

Armando Fuentes Aguirre (Catón)

Soy hombre de poco dormir, aunque de mucho soñar.

Eso no es cosa de la edad: desde muy joven tenía suficiente con cinco horas de sueño, para molestia de mi hermano, preocupación de mis papás y desconcierto de los médicos.

Anoche eran las 5 de la mañana. y estaba ya en mi sillón de la sala tomando mi café y leyendo en mi tableta los periódicos del día.

De pronto escuché un extraño ruido. Pensé que venía de la cocina, y fui a ver si algo pasaba con el refrigerador o con el aparato expendedor del agua. Todo estaba en orden.

Entonces afiné el oído.

¡Estaba lloviendo! El ruido lo hacía la lluvia al caer sobre los domos del techo. Se me alegraron el corazón y el alma. Para quienes vivimos cerca de la tierra, y estamos cada vez más cerca de ella, la lluvia es un milagro divino, más milagroso aún que la multiplicación de los panes y los peces o la resurrección de Lázaro. La lluvia es la providencia del Señor; es la casa, el vestido y el sustento.

Volví a mi sillón, pero no volví ya a mi tableta. Cerré los ojos, y me quedé dormido con el arrullo de aquella música del cielo.

Esto sí es cosa de la edad.

¡Hasta mañana!...

Su opinión nos interesa

Envíela a: durango@elsiglodedurango.com.mx, Dirección: Hidalgo 419 sur, Zona Centro. Durango, Dgo. C.P. 34000

Por favor incluya su nombre y la ciudad donde reside. Las cartas pueden ser editadas por razones de espacio.